IMELDA

DRAMA TRÁGICO E HISTÓRICO

EN UN ACTO Y EN VERSO

por

CARLOS VALVERDE LÓPEZ

Obra premiada en el Certamen Literario que la Academia Provincial de Declamación y Buenas Letras de Málaga, celebró el 28 de Agosto de 1903.

MADRID
EST. TIPOGRÁFICO DE RICARDO FÉ
Calle del Olmo, núm. 4

1905

IMELDA

DRAMA TRÁGICO É HISTÓRICO

EN UN ACTO Y EN VERSO

por

CARLOS VALVERDE LÓPEZ

Obra premiada en el Certamen Literario que la Academia Provincial de Declamación y Buenas Letras de Málaga, celebró el 28 de Agosto de 1903.

MADRID
EST. TIPOGRÁFICO DE RICARDO FÉ
Calle del Olmo, núm. 4
—
1905

A MIS HIJOS:

Su amantisimo padre,

CARLOS

ACADEMIA PROVINCIAL

DE

DECLAMACION Y BUENAS LETRAS

(Certamen Literario)

De conformidad con la propuesta hecha por el Jurado, se ha concedido á D. Carlos Valverde López, en el Tema 3.°, un Premio por su drama trágico

«IMELDA»

Y para que conste se le expide este **DIPLOMA**, *fechado y firmado en Málaga, á 28 días del mes de Agosto de 1903.*

El Presidente de la Junta de Festejos,
Diego Salcedo Durán.

El Presidente del Jurado,
Miguel Bolea y Sintas.

El Director
de Estudios de la Academia,
José Ruiz-Borrego.

El Director
Bibliotecario de la Academia,
Narciso Díaz de Escovar.

El Secretario de la Academia,
A. Urbano.

El Secretario de la Junta de Festejos,
Rafael Gonzáles Mirasol.

PERSONAJES

IMELDA.
ORLANDO LAMBERTAZZI.
BONIFACIO GUIEREMEI.
MANFREDO.
VENUSTO.
VULMARO.

La acción en Bolonia. Año 1273.

ACTO UNICO

Jardín en el palacio de Orlando Lambertazzi. A la derecha del actor, en primer término, una escalinata de piedra, que da acceso, por medio de una puerta, á la parte principal de la casa. A la izquierda, en el mismo término, otra escalinata igual que da entrada á un pabellón. El fondo cerrado por un muro, y á la izquierda de éste una puerta pequeña ó postigo. Hacia la derecha de la escena, un banco rústico. Detrás de él y en los sitios que más convenga, árboles, plantas etc. En el momento de alzarse el telón, suenan diez campanadas pausadamente, y Vulmaro, que aparece sentado en el banco rústico, se levanta.

ESCENA PRIMERA

VULMARO

VULM. Las diez. Hermosa noche... ¡Cómo aplace
al conturbado espíritu la fresca
brisa que se respira en este sitio
y que la frente sudorosa orea!
Aquí reina la paz; aquí se ensancha
latiendo el corazón, y la cruenta
sed de venganza que en el pecho vive
dijérase que duerme satisfecha.
¡Engañosa ilusión de los sentidos!
¡Cuándo será que la venganza duerma
si el grito postrimer de un moribundo
¡hijo del alma! me la tiene en vela!
(Vuelven á dar las diez.)
Mas de nuevo que son las diez me avisa
esa campana con su voz severa
y es fuerza requisar todo el palacio,
(Se dirige á la puerta del muro.)

que anda Bolonia por demás revuelta
y oponer precauciones á la insidia
á fe que no es temor, sino prudencia.
Pero, ¿qué es esto? Franqueando el muro
(Cae una piedra con un papel y los recoge.)
un objeto cayó. Sí, es una piedra;
y con ella un papel... ¡Caso más raro!...
¡Un papel! ¿Para quién?... ¡Oh! qué sospecha...
Si fuese para... No, no; es imposible.
Mas pronto lo sabré
(Se dispone á leer el papel, pero lo oculta al ver á Imelda que sale por la derecha.)

ESCENA II

VULMARO, IMELDA

IMEL. Vulmaro...
VULM. (Ella.)
IMEL. ¿Qué ocultas en la mano?
VULM. Yo... señora...
IMEL. Dame.
VULM. Mas reparad...
IMEL. Lo quiero. Suelta.
(Entrega la carta á Imelda.)
VULM. (No en valde sospeché.)
IMEL. (¡Cómo palpita
mi corazón!) (Lee la carta.)
VULM. Si permitís... (Con ademán de irse.)
IMEL. Espera.
VULM. (¿Querrá también su confidente hacerme?)
IMEL. (¡Oh, qué lucha, gran Dios!)
VULM. (Vacila.)
IMEL. (¡Sea!)
(Se resuelve á hablar á Vulmaro; pero al empezar, la emoción la produce un vahido.)
Vulmaro...

VULM. ¿Qué os sucede? ¿Os ponéis mala?
IMEL. Un ligero vahido.
VULM. Si estáis trémula.
IMEL. Ya pasó.
VULM. Reposad aquí un momento.
IMEL. Gracias. (Siéntase Imelda en el banco.)
VULM. Voy á llamar.
IMEL. No; ya estoy buena.
VULM. Como gustéis.
IMEL. No quiero que mi padre
sepa que estuve aquí.
VULM. Seré una piedra
en el callar.
IMEL. Vulmaro, ¿tú has amado?
VULM. ¿Que si he amado yo? ¡Media existencia
pasé feliz amando, como ahora
me paso ¡aborreciendo! la otra media!
IMEL. ¡Oh!
VULM. Pero temo que quizá os enoje
de mi rudo lenguaje la franqueza,
y antes que daros yo tal pesadumbre
doble mordaza le pondré á mi lengua.
IMEL. No, Vulmaro, no es eso; indiferente
no soy á tu dolor, ni me molesta
saber la causa de tu horrible angustia
que yo respeto cualesquier que sea.
No es eso; es... que iba á hablarte de otra cosa;
¡Iba á hablarte de amor! Y cuando llena
de confianza me asomé á tu alma
para que tú mejor me comprendieras,
la voz del odio que en tu pecho vive
me ha respondido con rugir de fiera.
VULM. ¡Ah! perdonad, señora; mas dejemos
mi sombrío dolor que se retuerza
dentro del corazón, y hablemos solo
ya que en ello me honráis, del ansia vuestra.
IMEL. Pues bien, Vulmaro; si por dicha mía
amaste alguna vez; si el alma entera
en otro ser pusiste, y con el alma

le consagraste toda la existencia,
comprenderás el infinito anhelo
que amarga mi vivir, la lucha eterna
que aquí sé agita, persiguiendo siempre
un imposible ¡ay, Dios! que nunca llega.

VULM. ¡Estáis enamorada!...

IMEL. ¡Lo estoy tanto,
que de tanto querer mi pecho enferma!

VULM. Y ¿amáis... sin esperanza?

IMEL. ¿Qué dijiste?
Sin esperanza, ¿piensas que viviera?

VULM. Pues por mi fe que el caso no comprendo.

IMEL. Amo y me aman con pasión inmensa,
pero existe un abismo infranqueable
entre los dos.

VULM. ¿No cuadra con la vuestra
la alcurnia del amante?

IMEL. Sí, por cierto;
y si mediase alguna diferencia
estuviera por él la primacía,
que más clara que el sol es su nobleza.

VULM. Entonces... ¡Ah!

IMEL. ¿Lo adivinaste?

VULM. Temo
haberlo adivinado.

IMEL. Considera...

VULM. Queréis á un güelfo, ¿no es verdad?

IMEL. Le adoro,
aunque este amor me cueste la existencia.

VULM. ¿Su nombre?...

IMEL. Bonifacio Guieremei.

VULM. ¡Jesús! (Horrorizado.)

IMEL. ¿Te espanta?

VULM. (¡Su hijo!... ¡Oh, Dios!.. ¡Vendetta!)
(Con ira mal reprimida.)

IMEL. ¿Le conoces quizá?

VULM. ¡Demasiado!

IMEL. Congratúlome, pues, de que así sea,
porque si has de servirme como espero

tendrás que hablar con él.

VULM. ¿Yo en la presencia
de un Guieremei? ¡Por favor, señora!...

IMEL. Es preciso, Vulmaro; si la pena
no quieres que me mate, ó que de rabia
y desesperación loca me vuelva,
no me niegues... ¿Por quién he de rogártelo?
¿Por el recuerdo de tu hijo? Sea.
No me niegues, por él, que harás al punto
Lo que te va á pedir la pobre Imelda.
¿Lo harás?

VULM. (¡Y me lo pide por mi hijo!
parece que el infierno...)

IMEL. ¿No contestas?
¿Dudas aún? ¿Acaso su memoria
nada te dice?

VULM. Porque clama ella
con desgarrada voz dentro del pecho,
á obedecer me avengo la orden vuestra.

IMEL. Dios te lo pague, y óyeme un instante
que te habla el corazón más que la lengua.

VULM. Os escucho, señora.

IMEL. Hondas raíces
tiene ya esta pasión para que pueda
arrancarla de mí; no, no es de ahora
ni aún de ayer; ¡es de siempre! Niña era,
estaba en el convento, y nos amábamos.
Allí nuestra feliz correspondencia
vivió en secreto, que para estos lances
nunca falta, piadosa, alguna dueña.
Mas sacóme mi padre, y ¡ay! Vulmaro,
desde entonces mis ansias son eternas,
porque aquí no entra alguno que enemigo
de Bonifacio Guieremei no sea.
¿De quién fiarme? De ninguno. A veces,
dominando el amor á la prudencia,
por todo arrostra. ¿Ves? ¿Ves esta carta
que asida recogiste con la piedra?
Es suya; en ella pídeme una cita

para esta noche, y mi respuesta espera.
VULM. Y vos... ¿se la otorgáis?
IMEL. Es necesario;
hemos de hablar de asuntos que interesan
y no se debe retardar...
VULM. ¿El sitio?...
IMEL. Este jardín.
VULM. ¿La entrada?...
IMEL. Cosa es esa
que habréis de convenir.
VULM. ¿Hora?
IMEL. Las once.
VULM. Pero... ¿y si vuestro padre?...
IMEL. Cuando vea
que yo me he recogido, hará lo propio
sin que llegue á asaltarle la sospecha.
VULM. Y... ¿no teméis que otros?...
IMEL. Si tú callas,
¿quién podrá adivinarlo?
VULM. (No recela
de sus hermanos.)
IMEL. Pero no demores
tu misión, que sin duda se impacienta
y...
VULM. ¿Dónde le he de ver?
IMEL. En el ejido,
tras de la cruz de Mascherati, espera.
VULM. ¿Debo alguna palabra convenida
decirle?
IMEL. Le dirás: —«Me manda ella.»
VULM. Está bien y... quedad con Dios, señora.
IMEL. En tí confío.
VULM. Vuestro padre.

(Sale Orlando por la derecha, y por el mismo sitio se va Vulmaro.)

ESCENA III

IMELDA, ORLANDO

ORLAN. Imelda...
IMEL. ¡Padre!
ORLAN. Temí que sola...
IMEL. No, Vulmaro
me acompañaba.
ORLAN. Que me place; y piensa
que en estos tiempos de enconada lucha
en que vivimos, por desgracia nuestra,
ni las medidas previsoras bastan,
ni los extremos de prudencia huelgan.
IMEL. Me asustáis. ¿Qué peligro?...
ORLAN. ¡Pobre niña!
Tú no lo ves quizá... ¡Quién ¡ay! pudiera
como la tienes tú, tener el alma
á la esperanza y al amor abierta!
IMEL. Pero, ¿por qué no han de tenerla todos?
¿Cuesta trabajo amar?
ORLAN. (¡Cuánta inocencia!)
IMEL. Allá en la casa donde en triste día
al poco tiempo de mi madre muerta
llevóme vuestro celo, solamente
me enseñaron á amar; y en su serena
y deleitosa calma, al ver felices
mis horas discurrir, que el mundo era
anticipada gloria me creía
hecho por Dios para las almas buenas!
Pero después...
ORLAN. Después...
IMEL. Cuando ese mundo
su triste realidad mostróme cerca,

del desengaño levantarse he visto
la fatídica sombra por doquiera.

ORLAN. ¡Hija del corazón!

IMEL. Aquí se vive
en eterna inquietud: dudas, sospechas,
asechanzas de muerte, delaciones...
¿Por qué, mi padre, si la vida es esta
en la casa de Dios no me dejásteis,
para que tanto horror no conociera?

ORLAN. Fué necesario que salieras, hija;
tu edad lo reclamaba, y la siniestra
(Con intención.)
sombra de alguno que mi mal...

IMEL. (Sobresaltada.) (¡Dios mío!)

ORLAN. ¡Cómo! ¿Por qué vacilas?... ¿Por qué tiemblas?

IMEL. ¿Yo?

ORLAN. Si te has demudado. Por ventura,
¿no era fruto de vil maledicencia
el rumor que hasta mí?...

IMEL. ¿Qué habéis oído?

ORLAN. Hánme dicho... ¿Lo ves? ¡Hasta la lengua
se me pega á las fauces, y no puedo
pronunciar ese nombre, ¡de vergüenza!

IMEL. ¡Padre!

ORLAN. Hánme dicho que en las altas horas
de la noche, por lóbrega calleja
que los muros circuye del convento
donde morabas tú, con insistencia
de gallardo doncel pasar han visto
la figura pausada, muda y terca.

IMEL. (¡Ay de mí!)

ORLAN. Y agregaban que ese mozo,
que es del bando enemigo por más señas,
¡te requirió de amores!

IMEL. (Como en son de protesta.) ¿A mí? ¡Padre!

ORLAN. No, si yo no lo creo; si lo creyera,
¡con arrancarle el corazón villano
no me cobrara de tan negra ofensa!

IMEL. ¡Oh, calmáos por piedad!... (Estoy perdida

si llega á descubrir...)

ORLAN. Calenturienta
tengo la frente.

IMEL. Reposad un poco.
(Le indica que se siente, y ambos lo hacen.)

ORLAN. ¡Qué tiempos, hija mía!... Italia entera
se despedaza dividida en bandos,
que se hacen cruda, inextinguible guerra.
Güelfos y gibelinos como tigres
se lanzan con ardor á la pelea,
y la que ayer fué lucha nobilísima,
hoy en venganza personal se trueca.
Ya no se trata, no, del predominio
del poder imperial, ni de la Iglesia,
ya la guerra es de razas... ¡guerra infame
que lleva el odio á muerte por bandera!
En Milán, los Torriani y los Visconti;
los *blancos* y los *negros*, en Florencia;
en Roma, los Orsini y los Savelli;
en Bolonia, los...

IMEL. ¡Ah! Tened la lengua
por favor.

ORLAN. ¡Qué! ¿No quieres oir los nombres?...

IMEL. Si vos la apellidáis «infame guerra»,
¿qué ganáis con decirlos?

ORLAN. No comprendo
la razón de callar.

IMEL. Es por si llevan
á pesar de esa infamia, padre mío,
sangre de Lambertazzi entre sus venas.

ORLAN. (Con arranque de indignación.)
¡Mi sangre no! Si motejé de infame
á la presente, criminal contienda,
sólo quise aludir al enemigo
por su artero luchar... ¡Ah! Pobre Imelda;
tú no sabes, ¿y cómo has de saberlo?
Tú no sabes el arte que despliegan
esos malvados, sus traidores mañas;
su horrible ensañamiento; su fiereza

con los seres más débiles; ¿qué digo?
¡Hasta con niños! ¿Qué otra cosa era
sino un adolescente candoroso
el hijo de Vulmaro?

IMEL. Pero, ¿esa
criatura ha sido víctima?...

ORLAN. ¡Y qué víctima!
Oye el relato de la hazaña y... tiembla.

IMEL. Ya os oigo; comenzad.

ORLAN. —Cumpliendo un voto
que á la Madona celestial hicieran
algunos de los nuestros, hacia el monte
de la Guardia, do está su imagen bella,
en peregrinación se encaminaron
una mañana con la luz primera.
Por concesión papal ó por piadosa
tradición, es el caso que conserva
las llaves del antiguo santuario
el jefe de los güelfos, pero cuenta
que el privilegio solo es *ad honoren*,
pues la casa de Dios siempre está abierta.
Treparon los romeros á la cumbre
de la Guardia, desnuda la cabeza,
bajos los ojos, mudos ó rezando
como cumple á los que hacen penitencia,
mas al llegar al templo, con asombro,
cerrada hallaron la maciza puerta.

IMEL. ¡Cerrada! Pero, ¿quién?...

ORLAN. El enemigo
había velado más. Antes que fuera
la luz del alba, misteriosa mano,
mudo resorte de infernal idea,
cerró sus anchas hojas; infinito
fué el desencanto, ruda la protesta
de los pobres romeros al hallarse
burlados, y con burla tan sangrienta.
—«¡Ah, de la ermita!»—claman golpeando
el recio vallador... nadie contesta;
sólo el eco implacable se complace

en remedar sus voces y sus quejas
Mas entonces, sucede un caso extraño:
cuatro mozos, mal digo, cuatro atletas,
aparecen de súbito, acometen
á las pesadas hojas, forcejean
con palancas enormes, y á su empuje
caen rechinando las rebeldes puertas.
Un grito general, de inmenso júbilo,
resuena por doquier, pero contestan
otros mil: -«¡Sacrilegio!... ¡Sacrilegio!
¡Atrás, profanos¡ ¡Fuera de la iglesia!»
Y surge al punto de las amplias naves
del santuario muchedumbre ébria
de sangre y de venganza, allí escondida,
y con la rabia de las mismas fieras,
se encarniza en aquellos desdichados
que mueren indefensos... ¡Oh! ¡Qué escena!
¡Qué cuadro tan horrible! Los traidores
no perdonan á viejos ni á doncellas
ni siquiera á los niños...

IMEL. ¡Padre mío!
Callad, ¡callad por Dios!

ORLAN. Termino, Imelda.
Iba en esta jornada el buen Vulmaro
con su hijo, á quien pierde en la refriega;
búscale loco de dolor, le hieren,
pero sigue buscando; al fin le encuentra
tendido, magullado, moribundo...
Y cuando el triste padre de la tierra
lógralo levantar... ¡Sólo un cadáver
entre sus brazos míseros estrecha!

IMEL. ¡Jesús!

ORLAN. Todo obra fué del enemigo:
él, la emboscada preparó sangrienta;
él, la puerta cerró; los que la abrieron,
esbirros suyos miserables eran;
él pagó los infames asesinos
y él se llevó ¡la gloria! de la empresa.

IMEL. ¡Qué horror! Y era ese hombre...

ORLAN. Guieremei.
IMEL. (¡Ah!)
ORLAN. Por fin le nombré; ¡maldito sea!
IMEL. No maldigáis, por Dios.
ORLAN. Dios lo hizo antes,
pues parece que ha puesto un anatema
sobre su frente inícua, desde entonces,
y los remordimientos no le dejan.
Allí, clavado en el revuelto lecho;
sumido en su dolor; viendo do quiera
las sombras de sus víctimas; insomne;
convulso, loco, en agonía eterna
y á vivir condenado por castigo,
¡ni aun el consuelo de morir le queda!
IMEL. Digno es de compasión.
ORLAN. Tal es el padre;
su sangre misma Bonifacio lleva,
y aunque dicen que es noble y generoso,
ya sus instintos mostrará de hiena.
IMEL. ¿El?
ORLAN. Tú sabes mi amor cuánto es profundo,
que eres mi sumo bien sobre la tierra,
mi gloria, mi salud, mas siendo tanto,
antes que unida á él, llórete muerta!
IMEL. ¡Oh! Cesad por favor...
ORLAN. Ceso, y entiende
que no es conminación, sino advertencia;
no la desoigas, que la voz de un padre
es casi siempre la de Dios, Imelda.
IMEL. (Llorando.) ¡Ah!
ORLAN. Pero lloras...
IMEL. Vuestro enojo...
ORLAN. Basta;
yo no quiero que llores; tú eres buena...
IMEL. Padre...
ORLAN. Seca tus lágrimas y vamos
que es hora ya de recogerse.
IMEL. ¿Os queda
resentimiento contra mí?

ORLAN. Ninguno
IMEL. Vuestra mano, señor. (Se la besa.)
ORLAN. ¡Bendita seas!
(Vánse los dos por la derecha y á seguida aparecen Manfredo y Venusto por la izquierda.)

ESCENA IV

MANFREDO, VENUSTO

MANF. Sal; ya podemos respirar el aire.
Me ahogaba.
VENUS. ¡Voto al diablo! Si más tiempo
dura la conferencia lo hecho todo
á perder, pues faltábame el aliento.
¡Maldito cuchitril!
MANF. ¡Hola! Querías
para hacer tu espionaje, por lo menos,
una cámara rica, artesonada,
con tapices y alfombra...
VENUS. No, Manfredo,
Pero en ese sobrado...
MANF. Nada sobra,
¿no es verdad?
VENUS. Como no sean los insectos...
MANF. (Mirando con recelo.)
Venusto. Creo que nadie nos escucha.
VENUS. Nadie.
MANF. Para el oficio que ejercemos
cuanto menos espacio y más tinieblas,
mejor.
VENUS. Aunque tuviéramos que hacerlo
más bajo y más infame, yo lo haría.
MANF. Y contigo tu hermano.
VENUS. Ya el misterio
comienza, por fortuna, á descubrirse.
Esta noche... era él; le ví de lejos

acercarse primero, recatado;
después seguir con ademán resuelto
y avanzar hasta el pie del muro.

MANF. ¿Y viste?...

VENUS. No logré ya ver más porque su cuerpo
tras la pared quedóse.

MANF. Pues yo, en cambio,
te puedo referir el complemento.

VENUS. Habla.

MANF. No bien las diez en San Petronio
acabaron de dar, cuando un objeto
arrojado por mano misteriosa
cae en el jardín; recógelo del suelo
Vulmaro que aquí estaba, mas al punto
nuestra hermana aparece, con imperio
se lo reclama y tiene que entregárselo.

VENUS. ¿Y era?...

MANF. Un billete.

VENUS. ¿Lo leyó?

MANF. Al momento.

VENUS. Sigue, ¿no pasó más?

MANF. Vulmaro y ella
hablaròn largo espacio; yo no puedo
decirte lo que fué, pero presumo
que alguna confidencia hubo por medio
y aun alguna demanda; él resistía,
mas tanto Imelda redobló sus ruegos...

VENUS. ¡Nos traicionan!

MANF. ¿Tú temes?...

VENUS. ¡Esa carta
es de su amante, me lo está diciendo
la llamarada de furor que ahora
con iras de volcán arde en mi pecho!

MANF. Pero Vulmaro no es capaz...

VENUS. ¡Quién sabe!

MANF. Yo te lo fío; quien mantuvo el fuego
vivo de la venganza contra el hombre
que dió muerte á su hijo, ni un momento
puede ayudar la causa del verdugo

ni de los suyos, porque el mismo peso
de su infame traición, le arrojaría
como un demonio más á los infiernos!

VENUS. (Con ademán de ir hacia la derecha.)
Con todo, yo he de ver...

MANF. Espera; él sale.

ESCENA V

MANFREDO, VENUSTO y VULMARO

VULM. Gracias á Dios, señores, que os encuentro.

VENUS ¿Nos buscabas?

VULM. Con ansia.

VENUS. Pues, ¿qué ocurre?

VULM. Ocurre... Perdonad si no contesto
categóricamente, hasta que os pida
un parecer prudente como vuestro.

MANF. Te escuchamos.

VULM. Si un hombre á quien le roban
la vida de su hijo, mata luego
al del vil asesino, lo que hace
¿es justicia ó venganza?

MANF. Lo primero.

VULM. Que me place; pues ved aquí á ese hombre.

MANF. ¿Tú?

VULM. Yo, y el que á los golpes de este hierro
morirá, Bonifacio Guieremei;
conocéisle, ¿verdad?

MANF. Le conocemos;
mas explícate.

VULM. Sí; voy á explicarme,
que es hora ya de descorrer los velos:
no en valde sospecháis de vuestra hermana.

MANF ¿Sospechar? ¿Quién te ha dicho?...

VULM. ¿Soy yo ciego?
¿Cómo no adivinar el espionaje

—dispensadme la frase—que hace tiempo
desde ese pabellón, en sitio oculto,
ejercéis sobre ella... ó sobre ellos?
Pero no sois vosotros solamente
los que aquí estáis velando, no por cierto;
nacido en esta casa solariega;
adicto á vuestro padre en alma y cuerpo;
enemigo mortal de Guieremei,
yo, Vulmaro Rinaldi, también velo!

VENUS. Y bien, ¿qué sabes?

MANF. Por favor, acaba.

VULM. Dentro de breve espacio, cuando el eco
de la postrera campanada vibre
las once dando en el cercano templo,
Bonifacio, el amante venturoso
de vuestra hermana...

VENUS. ¡Mientes!

VULM. Yo no miento.
Bonifacio, repito, en esta casa
logrará penetrar de amores ciego.

VENUS. ¡Penetrar! ¿Y por dónde?

VULM. (Señalando la del fondo.) Ved la puerta.

VENUS. Pero, ¿quién la ha de abrir?

VULM. ¿Seré yo bueno?

VENUS. ¡Miserable!

VULM. Si dais en insultarme
temo que no podamos entendernos.
¿Qué es mejor? ¿Franquearla al enemigo
estando á la defensa ya dispuestos,
ó dejarle que escale vuestra casa
y se lleve... ¡quién sabe! por trofeo?

MANF. Basta; no se hable más; de obrar es hora.
Si ese hombre llega aquí, le mataremos.

VULM. Yo su vida reclamo como mía,
¡Hijo por hijo! Me la debe el güelfo.

MANF. Rico don es la vida, pero existe
algo que vale más, y por el suelo
va á arrastrar ese infame... ¡nuestra honra!
Mas su vindicación—pese al intento

del buen Vulmaro—solo es cosa nuestra,
y á nadie ¡vive Dios! se la cedemos.

VULM. ¡Bien las manos me atáis con esas leyes
del honor que forjáis los caballeros!...
Para mí no hay más ley que la que escribe
con sangre el corazón dentro del pecho,
y esa me pide sin cesar justicia
ó venganza—es igual—por mi hijo muerto!

VENUS. ¿Justicia? La obtendras. ¿Venganza? Toda
la que quieras también... ¡De gozo ébrio
has de quedar cuando á tus plantas veas
á Guieremei tendido como un perro!

VULM. ¿Tendréis la diestra—perdonad—segura,
el brazo firme, el ánimo resuelto?

VENUS. Sí.

VULM. ¿Tendréis el rencor de Lambertazzi
condensado implacable en vuestro pecho?

MANF. Sí.

VULM. ¿Prometéis matarle cara á cara
ó... como pueda ser?

VENUS. Lo prometemos.

VULM. Gracias, señores; ya me voy gustoso.
¡Alienta, corazón; ya estás contento!
(Va hacia la puerta del fondo y desecha la llave.)

MANF. ¿Qué vas á hacer?

VULM. A desechar la llave
de este postigo, que ese fué el acuerdo
habido entre los dos: yo así lo cumplo
y el paso franco para entrar le dejo.
(Dirígese á la puerta derecha.)

VENUS. ¿Te vas?

VULM. A dar razón á vuestra hermana
de mi mensaje.

MANF. (A Venusto.) Mientras plantearemos...

VULM. No olvidéis que á las once...

VENUS. Vé tranquilo.

VULM. Cumplid vuestra palabra, caballeros.
(Vase, derecha.)

ESCENA VI

MANFREDO, VENUSTO

MANF. Solos.
VENUS. Si alguien llegara...
MANF. Nada temas;
nuestro padre descansa ya en su lecho;
Imelda no vendrá, porque Vulmaro
tiene que hablarla.
VENUS. Pero vuela el tiempo
y es necesario resolver el modo
de que á esta empresa la corone el éxito.
MANF. ¿Quién lo duda, Venusto?
VENUS. Quien conoce
por desgracia el arrojo y el denuedo
de Bonifacio; si matar es fuerza,
matemos, pues, sin reparar en medios.
MANF. ¿Lo harías tú á traición?
VENUS. Siendo preciso
¡qué importa! no me fijo en miramientos.
Además, yo no puedo frente á frente
ponerme de él.
MANF. ¿Por qué?
VENUS. Porque... ¡no puedo!
MANF. ¿Le temes?
VENUS. No es temor; es otra cosa.
MANF. Pero... ¿qué puede ser?
VENUS. Si yo la siento
y no he logrado definirla.
MANF. Entonces...
VENUS. Tú me dirás lo que es; oye, Manfredo:
há pocas noches que al volver á casa
encontré á Bonifacio discurriendo
por el ejido; le lancé un insulto,

y no me contestó; tomé á desprecio
su tranquila actitud y acometíle;
pónese en guardia; pára con su acero
un golpe, y dos, y tres que le dirijo,
y cuando ya por el coraje ciego
me tiró á fondo, me desarma y caigo,
¡y no se abrió para tragarme el suelo!
—«¡Mátame!»—dije;—«No soy asesino»,
fué su contestación; y con supremo
y profundo desdén volvió la espalda
mientras... ¡el polvo vil quedé mordiendo!

MANF. ¡Qué vergüenza!

VENUS. ¡Ya díste con la frase!
¡«Vergüenza», sí, eso es lo que yo siento!

MANF. ¡Ah!

VENUS. Y ¿cómo sin morirme de ella, dime,
después de lance tal, ponerme puedo
frente á frente á reñir con ese hombre
á quien la vida miserable debo?

MANF. No es necesario que le dés la cara:
para luchar con él y cuerpo á cuerpo
matarle en buena lid, me basto y sobro,
que hay en mi corazón grandes alientos.

VENUS. En hora buena; pero ten en cuenta
que es tal la fiebre que me abrasa el pecho
desde que aquella humillación infame
me hizo pasar, que como yo este hierro
no logre sepultar en sus entrañas
y con su sangre refrescarme luego,
¡la de mis venas temo que me ahogue
pues ya como un dogal aquí la siento!

MANF. No he de oponerme á tu venganza, obra
como quieras, Venusto, eres muy dueño.

VENUS. Así lo haré, y advierte que se acerca
el momento fatal; las once presto
darán en el reloj de San Petronio
y si antes acudiera alguno de ellos...

MANF Es verdad; ocultémonos.

VENUS. Mas, ¿dónde?

MANF. En este pabellón; aquí espiaremos
(Señalando el de la izquierda.)
el momento oportuno, y si es posible
que él quede solo...

VENUS. Sí; vamos, Manfredo. (Vánse.)

ESCENA VII

IMELDA, sale por la derecha con gran recelo y temor.

IMEL Nadie... ¡Gracias á Dios! Temí que hubiera
alguien en el jardin... Nadie. Respiro.
Mas... ¿quién pudiera haber? Mi padre duerme,
mis hermanos... no se que hayan venido;
Vulmaro cela... ¡Ay! ¿Me habrá engañado
ese hombre?... La muerte de su hijo...
Pero no, que él es bueno y generoso,
él prometió servirme y yo confío...
¿A ver? Aseguróme que esta puerta
(Se dirige á la del fondo y comprueba que está franca.)
la dejaría franca y... lo ha cumplido.
—Gracias, Vulmaro; tu conducta raya
no ya en heroicidad, en sacrificio.
—Todo está bien dispuesto, todo ayuda;
la hora... las sombras... la ocasión... el sitio...
y, sin embargo, no sé que me pasa;
temblando estoy... ¿Por qué tiemblo, Dios mío?
Siento una angustia, un miedo, que parece
que voy á cometer algún delito...
No, no; yo nada hice; no hago nada
que sea punible... ¡Tú, que eres testigo
(Dirigiéndose al cielo.)
de las malas acciones y las buenas,
y ves desde esos cielos infinitos
lo que pasa por mí, no me abandones!...

¡Apártame si voy por mal camino!...
(Se deja caer en el banco, y tras de un momento de pausa, comienzan á dar las once.)

. . . .

—¡Oh! ¡Las once! ¡Las once!... Esa campana
como un toque de gloria en mis oídos
suena por fin... ¡Atrás, vagos terrores!
Volved, volved á mí, sueños dulcísimos;
ilusiones de amor... ¡Llenad mi alma!
que sólo tenga el corazón latidos
para el que aguarda con afán.—¡El llega!
(Aparece Bonifacio en la puerta del fondo.)

ESCENA VIII

IMELDA, BONIFACIO

BONIF. (Yendo hacia ella.) ¡Imelda!
IMEL. ¡Bonifacio!
BONIF. (Cogiéndola una mano.) ¡Dueño mío!
¡Qué placer!—Mas tú tiemblas...
IMEL. Sí, temblaba...
Pero antes, mucho antes... ya has venido...
BONIF. Me esperabas, ¿verdad?
IMEL. Como se espera
la luz de Dios en medio del abismo.
BONIF. No de abismos, evoques, ni de sombras
el recuerdo siquiera, ángel querido,
pues si esos luminares se apagaran
que puso Dios allá en el infinito,
¡manantiales de luz hay en tus ojos
capaces de alumbrar los cielos mismos!
IMEL. ¡Por piedad! Tal lisonja...
BONIF. No es lisonja,
es el tributo de mi amor rendido
ante el dulce mirar de esas pupilas
que me hacen entrever el paraíso.

IMEL. Me amas mucho, ¿no es cierto?
BONIF. Te amo tanto,
que cuando ansioso á mi sabor te miro
como ahora, mi ser se reconcentra
en la hermosura de tu ser y vivo
casi una eternidad en un momento,
solo... en profunda adoración sumido...
indiferente á todo... ¡que hasta el mundo
paréceme ante tí que está vacío!
IMEL. Así te quiero, así, mi Bonifacio;
háblame de tu amor; yo necesito
escuchar esas frases de ternura,
para que resonando en mis oídos
aplaquen de mi pecho lacerado
el intenso dolor.
BONIF. ¿Dolor has dicho?
Pues, ¿quién te hace sufrir?
IMEL. Nadie; yo misma.
BONIF. No me lo ocultes.
IMEL. En verdad te afirmo
que nadie: pensamientos ó presagios
son, que en horas de fiebre y de delirio,
asaltan mi cerebro... y me enloquecen.
BONIF. ¡Imelda!
IMEL. Tú eres bueno...
BONIF. ¿Yo? ¡Dios mío!
Pero, ¿qué te sucede? Esa mirada...
IMEL. Tú con sangre inocente no has teñido
tus manos generosas.
BONIF. ¡Yo! ¿Qué dices?
IMEL. ¡Ah! perdona; es que sufro un extravío...
BONIF. Mas... ¿por qué me preguntas?...
IMEL. No recuerdo...
Ya, ya caigo; no há mucho, en este sitio...
BONIF. ¿En este sitio?... ¡Acaba!
IMEL. Me narraron
una historia de horror y de exterminio:
gentes que acechan; víctimas sin cuento;
hombres que matan á indefensos niños...

BONIF. ¡Oh! Calla, calla, me haces daño, Imelda;
corramos sobre cuadro tan sombrío
por caridad, un velo: sé piadosa,
ya que otros, por desgracia, no lo han sido.
IMEL. ¿Tú sabes?...
BONIF. ¡Ojalá no lo supiera!
Sé para mi vergüenza y mi martirio,
por qué pendientes la pasión humana
se despeña insensata hasta el abismo;
sé que la sombra de Caín se cierne
sobre Bolonia, y como yo abomino
esta lucha cruel—por la que acaso
mi propia sangre sufre ya el castigo—
quiero que nuestra unión el íris sea
de hermosa paz entre los dos partidos,
y que el amor, cual astro de ventura,
borrando el odio y el rencor antiguos,
haga estrecharse en fraternal abrazo
los antes implacables enemigos.
IMEL. Dulcísima ilusión á ser posible
trocarla en realidad.
BONIF. Por conseguirlo,
esta entrevista te pedí con ansia.
IMEL. ¿Qué te propones?
BONIF. Vengo decidido
á todo, ¿lo comprendes bien? A todo,
menos á que perdure este suplicio
insoportable.
IMEL. Explícate.
BONIF. Primero
quiero hablar con tu padre.
IMEL. ¡Dios bendito!
Esa resolución...
BONIF. Es terminante.
Le diré cuán inmenso es mi cariño;
que en aras de él fortuna, historia, nombre,
lo que fuí, lo que soy, todo lo rindo;
que no pida consejos al encono,
sino á su corazón; que dé al olvido

la eterna enemistad de ambas familias,
sus luchas, sus venganzas, ¡sus delitos!
¡Ay! Que por ser tan grandes, sólo puede
el amor ¡que es más grande! redimirlos.

IMEL. Bella, noble, sublime es tu demanda;
franco tu razonar y persuasivo;
pero es tanto el rencor amontonado
contra los tuyos, Bonifacio mío,
que vencer la repulsa de mi padre
y hacerle transigir, fuera lo mismo
por imposible, que con esta mano
alzar una montaña de granito.

BONIF. Mal le juzgas.

IMEL. Conozco su carácter
y sé que es inflexible.

BONIF. (Con misterio.) Y... ¿no ha podido
alguno de sus hijos en mi abono
hablarle?

IMEL. No te entiendo.

BONIF. Ni es preciso.

IMEL. (Mostrando gran inquietud.)
No, yo quiero saber... Algo ha pasado
entre vosotros.

BONIF. Te equivocas.

IMEL. Dílo
por caridad.

BONIF. Por *caridad*, por eso
digo que nada hubo.

IMEL. ¿Habéis reñido
acaso?

BONIF. No fuí yo.

IMEL. ¿Quién fué?

BONIF. Venusto.

IMEL. ¿Él?

BONIF. Sí, tu hermano me atacó.

IMEL. ¡Dios mío!
¡Un duelo! Y tú, que hiciste?

BONIF. Defenderme;
pude hacer menos?

IMEL. ¡Oh! Somos perdidos.
BONIF. ¿Por qué?
IMEL. Porque Venusto no perdona.
BONIF ¿Ni al que le tuvo ante sus pies tendido
la vida condonándole?
IMEL. A ese menos.
BONIF. Pues entonces, Imelda, ¡por Dios vivo!
Si tu padre no cede, si implacables
son tus hermanos, y en tu contra impíos
hasta los propios lares se levantan
ahogando los afectos más purísimos
que hay en tu corazón... ¡alza la frente!
(Con gran ardimiento hasta la terminación del período.)
Tu honor inmaculado, que es el mío,
deposita en mi pecho, yo le guardo;
y por broquel llevando tu cariño,
verás cómo de todos te defiendo;
verás cómo de todos te redimo!
IMEL. ¡Oh! Gracias, gracias, mas tu ardor refrena,
pues si oyesen tu voz y aquí conmigo
te encontrasen... no sé lo que pasara.
BONIF. Haré lo que te plazca, pero insisto
en mi resolución; de obrar es hora.
IMEL. ¿Qué pretendes de mí?
BONIF. Ya lo has oído:
¿me amas de veras?
IMEL. ¡Te amo hasta la muerte!
BONIF. ¿Fueras por mí capaz?...
IMEL. ¡Del sacrificio!
BONIF. Pues comiénzalo ya.
IMEL. ¿Qué haré?
BONIF. Renuncia
á todo por seguirme.
IMEL. ¡Yo contigo!
BONIF. Conmigo y ¡para siempre! ¿Amor te falta?
(Con mucha pasión.)
Un tesoro te guardo aquí escondido.
¿Hogar? ¿Qué es un hogar? ¡Un santuario
tendrás, donde te adore de continuo!

¿Protección? ¡Para dártela cumplida
nunca mi espada faltará del cinto!
¿Qué más quieres? ¿Mi sér? ¿Mi vida entera?
¡Tuyos son hasta el último suspiro!

IMEL. ¡Bonifacio!

BONIF. No dudes en seguirme;
ven.—La noche es hermosa... el aire tibio...
el ruiseñor gorjea en la arboleda...
todo convida á amar... ¡Ven, ángel mío!

IMEL. ¡Oh! (Como rechazando la idea de fugarse.)

BONIF. Comprendo; no temas, yo te juro
á la faz de ese cielo puro y limpio,
que más pura y más limpia tu inocencia
he de guardar hasta que sea bendito
nuestro enlace, y si falto al juramento
¡mándeme el cielo un rayo por castigo!
(Ruido en la casa.)

IMEL. ¡Gran Dios!

BONIF. ¿Qué pasa?

IMEL. ¿Oiste?

BONIF Parecióme...

IMEL. ¡Estamos descubiertos! He sentido...

BONIF. ¿Qué?

IMEL. Si mi padre acaso...

BONIF. Tranquilízate.

IMEL. No puedo; voy á ver...—¿Y tú en peligro
quedarás? Huye. (Va en dirección á la casa y vuelve.)

BONIF. No.

IMEL. Si aquí te encuentran...
¡Huye! ¡Yo te lo ruego!

BONIF. ¡No, por Cristo!

IMEL. Pues entonces...—No quiero que nos hallen
juntos.
(Se dirige resueltamente hacia la derecha; Bonifacio la sigue como queriéndola detener, y al desaparecer Imelda, se presenta Manfredo en escena.)

BONIF. ¿A dónde vas?

IMEL. Seré contigo
en cuanto hable á Vulmaro.

BONIF. No te vayas,
Imelda... ¡Por piedad!... ¿Por qué te has ido?...

ESCENA IX

BONIFACIO, MANFREDO desde la puerta izquierda.

MANF. ¡Ah del ladrón!
BONIF. ¡Manfredo!
MANF. (Bajando la escalinata.) ¡Por mi vida!
¿Cómo á asaltar te atreves el recinto
de un hogar, siempre honrado, en él entrando
de noche y á traición, cual un bandido?
BONIF. Ni por asalto penetré en tu casa,
ni busco en ella más que lo que es mío.
MANF. ¿Qué es lo tuyo?
BONIF. El amor de Imelda.
MANF. ¡Infame!
¿No te basta su honor haber querido
por el lodo arrastrar, sino que intentas
—alarde haciendo de tu vil cinismo—
arrojarme puñados de ese fango
á la cara?
BONIF. Que pongas, te suplico,
más tiento en lo que dices, pues si en calma
tus sangrientos ultrajes he sufrido,
no sé, si en repetírmelos insistes,
si podré contenerme.
MANF. Yo repito
cuanto dije, y añado, porque quiero
regalar bravamente tus oídos,
que sobre infame y vil eres... ¡cobarde!
¡cuando esa espada aún pende de tu cinto!
BONIF. ¡Miserable! (Pone mano á la espada sin sacarla.)
MANF. Pensé que á desnudarla
ibas al cabo, pero faltan bríos
á tu villano corazón.
BONIF. ¡Manfredo!

MANF. Mas yo te haré reñir, y si es preciso
como á bruto rehacio el acicate
clavarte sin piedad... (Saca su espada.)

BONIF. (Desenvainando la suya.) ¡No, vive Cristo!
Que ayudas no he de menester.—¡En guardia!

MANF. ¿Te atreves á luchar?

BONIF. ¡En guardia, digo!

MANF. ¡Gracias á Satanás!, que al fin tu sangre
voy á beber.

BONIF. ¡La tuya necesito!

(Luchan, y Bonifacio hará una evolución para dar la espalda hacia la izquierda.)

ESCENA X

BONIFACIO, MANFREDO, VENUSTO

MANF. ¡Hola! Parece que eres diestro.

VENUS. (Riñen.)

BONIF. Tu hermano pudo habértelo ya dicho.

VENUS. (¿Te mofas? ¡Ya verás!)

BONIF. Al pecho voy.

VENUS. Pues yo, ¡á tu corazón!

(Venusto, sin ser visto por Bonifacio, avanza y lo hiere á traición, pero en el pecho, cayendo Bonifacio á seguida.)

BONIF. ¡Ay!... ¡Asesino!

MANF. ¡Bravo golpe, Venusto!

VENUS. Como un rayo.

MANF. ¿Ha muerto?

VENUS. (Examinándolo.) Agonizando que es lo mismo.
Además el acero...

MANF. Ya comprendo.

VENUS. Yo soy para estos lances precavido.

MANF. Estarás satisfecho...

VENUS. ¡Es mi venganza!
¡Con qué placer, con qué placer le miro
á borbotones arrojar la sangre
por la brecha que abrióle mi cuchillo!
—Así caí yo, pero me alcé del polvo:
¡tú, eternamente quedarás tendido!
(Con rencor salvaje.)

ESCENA XI

BONIFACIO, MANFREDO, VENUSTO, IMELDA.—Al salir Imelda, Venusto que ha conservado en la mano el puñal, lo arroja, pero cerca de sí.

MANF ¡Ella!
IMEL. ¡Jesús! ¡Mi Bonifacio!... ¡Muerto!
¿Quién le mató? ¡Decídmelo... decídmelo!
¿Fuísteis vosotros?... Responded... ¡Ay! ¡Ese
silencio criminal lo dice á gritos!
Vosotros... Y ¿por qué? ¿Por qué, malvados?
¿En qué os pudo ofender? ¿Qué daño os hizo?
(Híncase de rodillas ante Bonifacio, y hace ademán de descubrirle el pecho.)
—¡Bonifacio!... ¡Qué horror! ¡Un mar de sangre!
Torna á la vida, ¡Bonifacio mío!
Aún respira... sí, sí; si yo pudiera
su sangre restañar... Será preciso
descubrirle la herida... Casi late
su corazón... ¡Oh, Dios! ¡Si ya está frío!
¡No importa! Con mi aliento, con mis besos,
yo te daré calor.—Aquí el cuchillo
abrió sangrienta boca; aquí la mía...
(Intenta acercar la boca al pecho de Bonifacio y Venusto la detiene.)
VENUS. ¡Nunca!
IMEL. ¿Quién me lo impide?
VENUS. Yo lo impido.
IMEL. Y tú, ¿por qué?
VENUS. Porque esa herida mata
á quien ponga sus labios...
IMEL. ¡Jesucristo!
Pero ¿estaba el acero?...
VENUS. Envenenado.
IMEL. ¡Ah, viles! Pues entonces, por lo mismo
yo la ponzoña le extraeré.
(Aplica su boca á la herida un breve espacio.)
MANF. Levanta;
vé que absorbes un tósigo mortífero.
VENUS. Levanta, Imelda.

IMEL. ¡Atrás! ¡Nadie me toque!
Nadie me arranque de su cuerpo... ¡Idos!
—Bonifacio... ¿Qué es esto?... ¡Bonifacio!
(Bonifacio levanta el pecho y muere.)
¡Qué horrible contracción!... ¡Muerto!... ¡Dios mío!
VENUS. (¡Al fin!)
MANF. Es necesario retirarla.
VENUS. Ya se levanta.
(Imelda se levanta lentamente é impreca á sus hermanos en el colmo de su dolor.)
IMEL. ¡Qué! ¿No os habéis ido?
¿Os estáis recreando en vuestra obra?
pues ya se consumó; ya estáis tranquilos.
Hasta podéis dormir plácidamente,
¡si es que pueden dormir los asesinos!
Pero no será mucho, ¡ay de vosotros!
¡Ay de todo el partido gibelino!
¡Que esa sangre pidiendo está justicia
ante el augusto Tribunal á gritos,
y bien pronto la vuestra, la de todos,
ha de correr en caudalosos ríos!

ESCENA ÚLTIMA

BONIFACIO, MANFREDO, VENUSTO, IMELDA, ORLANDO, VULMARO

ORLAN. ¿Qué voces?...
IMEL. ¡Padre!
ORLAN. ¡Imelda!—¡Bonifacio!
¿Muerto?
VULM. (¡Ya estoy vengado!)
ORLAN. ¿Quién ha sido?
IMEL. ¡Vedles! (Señalando á sus hermanos.)
ORLAN. En buena lid...
IMEL. (Indicando el puñal que está en el suelo.) No, con el arma
que esgrimen los traidores.
ORLAN. ¡Un cuchillo!
IMEL. ¡Y envenenado!
ORLAN. ¡Miserables!

IMEL. (Sintiéndose desfallecer). Dentro
de mi ser ya su tósigo maldito...

ORLAN. ¿Qué dices? ¿Pero tú?...

IMEL. Yo la ponzoña
de la herida absorbí.

ORLAN. ¡Cielos divinos!

IMEL. ¡Ay! Ya siento su fuego en las entrañas...

ORLAN. ¡Hija!

IMEL. Las fuerzas se me van... vacilo...

ORLAN. No, si no puede ser; ven á mis brazos.
Así. (La coge en ellos.)

IMEL. Yo muero.. ¡Padre! ¡Padre mío!...
Aquí... ¡con él!...
(Dirigiéndose sostenida por su padre á donde está Bonifacio, cae allí de rodillas y Orlando los bendice cuando marca el diálogo.)

ORLAN. Imelda...

IMEL. ¡Este es mi esposo
ante Dios!

VENUS. (¡Qué tormento!)

IMEL. Bendecidnos.

ORLAN. ¡Hija!

IMEL. —Mi Bonifacio... ¡ya soy tuya!
Nadie este lazo romperá bendito.
¡Tuyo... mi corazón! ¡Tuya... mi alma!
¡Y tuyo... ¡ay!... mi último... suspiro!...
(Desplómase muerta sobre el cuerpo de Bonifacio. Orlando queda abatido por el dolor. Los demás forman un grupo, algo retirado, en actitud de sombrío remordimiento.)

CAE EL TELÓN

OBRAS DRAMÁTICAS DEL MISMO AUTOR

Los huérfanos, drama en tres actos y en verso.

La mejor venganza, drama en tres actos y en verso.

El grito de una madre, tragedia en un acto y en verso.

Los Espúreos, drama trágico en tres actos y en verso.

La maldición del gitano, zarzuela en dos actos y en verso, música de D. Juan Cruz.

El Dómine, zarzuela en un acto y en verso, música de D. Laureano Cano.

El Nacimiento del Hijo de Dios, pastorela bíblica en cuatro actos y ocho cuadros, en verso, música de D. Laureano Cano.

